

ENCU  
RAFA  
Sec. Hic  
GUAD

843  
D.

PQ 2227  
-G4  
S6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

**CAPILLA ALFONSOINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# JORGE Y SARA

I

LA ISLA DE FRANCIA

Dime, lector amigo, ¿no te ha disgustado alguna vez, durante nuestras interminables, tristes y frías veladas de invierno, en que, a solas con tu discurso, oyes silbar el viento en los corredores de tu casa y la lluvia azotar los cristales de tus ventanas, mientras con la frente apoyada en tu chimenea miras, sin verlos, los chisporroteantes fizonos del hogar; no te ha disgustado alguna vez, repito, nuestro sombrío clima, nuestro húmedo y lodoso París, y no has suspirado por algún encantado oasis, fresco y verdeante, donde en todo tiempo poder dormirte suave, grata y lánguidamente junto a cristalino manantial, al pie de una palmera o a la sombra de los jambúes? ¿Sí? pues sabe que el paraíso en que soñaste existe, que el edén por el cual suspiraste te espera, que el arroyo que ha de arrullar tu somnolente siesta se precipita formando cascada y rebota deshecho en líquido polvo, y que la palmera que ha de abrigar tu sueño abandona a la

brisa del mar sus largas hojas, que remedan el penacho de un gigante, mientras los jambúes, cargados de irisado fruto, te brindan con su fragante sombra. Sígueme, vente conmigo á Brest, bélica hermana de la comercial Marsella, centinela armada que vela sobre el Océano, y allí, entre los innumerables buques abrigados en su puerto, escoge una corbeta de poca manga, ligero velamen y mucha guinda, como las tripuladas por los atrevidos piratas que nos pinta el émulo de Gualtero Scott, poético novelador de la mar. Cabalmente estamos en septiembre, mes propicio a los viajes largos. Súbete a bordo de la nave a la cual hemos confiado nuestro común destino, dejemos á nuestras espaldas el verano, y vayamos en busca de la primavera. ¡Adiós, Brest! ¡adiós, Nantes! ¡adiós, Bayona! ¡adiós, Francia!

Mira, a nuestra derecha, aquella inmensa mole de diez mil pies de altura que esconde su ápice en las nubes, encima de las cuales parece estar suspendida, y de la que, al través de las transparentes aguas, se distinguen las raíces de piedra que van descendiendo en el abismo: es el pico de Tenerife, la antigua Nivaria, punto de reunión de las águilas del Océano que ves revolotear en torno de sus nidos y que apenas si te parecen grandes como palomas. Sigamos adelante, no es este el término de nuestro viaje; esto no es más que el jardín de España, y te he ofrecido conducirte al jardín del mundo. Vuelve ahora los ojos hacia la izquierda, y mira aquella pelada peña incesantemente abrasada por el sol de los trópicos. A ella estuvo encadenado durante seis años el Prometeo moderno; es el pedestal sobre el que Inglaterra ha levantado la estatua de su propia ignominia, el parejo de la hoguera de Juana de Arco y del patíbulo de María Estuardo;

es el Gólgota político que, por espacio de diez y ocho años, fué el piadoso punto de romería de todas las naves. Pero tampoco es este el sitio adonde te conduzco. Continuemos nuestra ruta; ya nada más tenemos que hacer aquí: la regicida Santa Elena quedó viuda de las reliquias de su mártir.

Henos en el cabo de las Tormentas. ¿Ves aquella montaña surgente de las brumas? Es el gigante Adamastor que apareció al autor de *Las Lusíadas*. Pasamos ahora por delante de la extremidad de la tierra; aquella punta que avanza hacia nosotros, es la proa del mundo. Mira como el Océano revienta en ella embravecido, pero impotente; es que esa nave no teme la furia de las aguas, pues hace rumbo al puerto de la eternidad y lleva por piloto a Dios. Pasemos de largo; más allá de esas verdeantes montañas hallaríamos áridas tierras y desiertos abrasados por el sol. Sigamos adelante: te he prometido aguas frescas, gratas umbrías, frutos sin cesar madurantes y flores eternas.

Salve, Océano Indico, a ti llegamos en alas del oeste; salve, teatro de las *Mil y una noches*; nuestro viaje toca a su fin. Ahí Borbón la melancólica, roída por un volcán perdurable. Dirijamos una mirada a sus llamas y una sonrisa a sus aromas; naveguemos algunas millas más, pasemos entre la isla Llana y el Punto de Mira, doblemos el cabo de los Artilleros, detengámonos al abrigo del pabellón y anclemos; la rada es excelente, y nuestra corbeta, fatigada de tan larga travesía, pide reposo. Por otra parte, hemos llegado: esta es la tierra feliz que la naturaleza parece haber escondido en los confines del mundo, como una madre celosa esconde a los ojos profanos la hermosura virginal de su hija; esta

es la tierra prometida, la perla del Océano, la isla de Francia.

¡Oh, casta hija de los mares, hermana melliza de Borbón, rival afortunada de Ceilán, déjame que levante una punta de tu velo para mostrarte al extranjero amigo, al fraternal viajero que me acompaña; déjame que te desabroche la cintura, oh hermosa cautiva, pues somos dos peregrinos franceses, y tal vez Francia pueda un día rescartarte, rica hija de la India, a cambio de un pobre reino de Europa!

Y vosotros que me habéis seguido con los ojos y el pensamiento, dejadme que os describa la maravillosa isla, con sus campos eternamente fértiles, sus dos anuas cosechas de trigo, sus primaveras y sus veranos que incesantemente encadenan las flores a los frutos y los frutos a las flores. Dejad que os pinte la poética isla que baña sus pies en el mar y esconde su cabeza en las nubes; nueva Venus nacida, como su hermana, de la espuma de las olas, y que sube de su húmeda cuna a su celeste imperio, coronada de esplendorosos días y de noches estrelladas, galas eternas que recibió de manos de Dios, y que los ingleses no han podido todavía quitarle.

Vente pues, y si los viajes aéreos no te asustan más que los marítimos, cógete, nuevo Cleofás, a mi capa, y conmigo te transportaré al inclinado cono de Pieterboot, montaña la más alta de la isla después del pico de Río Negro, y, una vez en aquella eminencia, miraremos a todas partes, a derecha, a izquierda, delante, atrás, abajo, arriba. Encima de nuestras cabezas, como ves, el cielo está siempre límpido y sembrado de estrellas; es una alfombra azul de la que Dios levanta a cada paso polvo de oro, cada uno de cuyos átomos es un astro. A nuestros pies, se extiende

la isla como un mapa de ciento cuarenta y cinco leguas de contorno, con sus sesenta ríos que desde esta altura parecen hebras de plata destinadas a determinar el mar en torno de la orilla, y sus treinta montañas empenachadas de zapotes, tacamacas y palmeras. Mira allí las cascadas del Reducto y de la Fuente, que, desde el corazón de las selvas donde nacen, lanzan al galope sus cataratas para ir, con el retumbante estrépito de la tormenta, al encuentro del mar que las espera, y que, tranquilo o mugidor, responde a su perdurable reto, ora con el desdén, ya con la cólera; semejando en esto a dos conquistadores en lucha para ver quién causará más estragos y meterá más ruido; luego, tras esa abortada ambición, el caudaloso Río Negro desliza tranquilamente sus fecundantes aguas, e impone su respetado nombre a cuanto lo rodea, mostrando de esta suerte el triunfo de la sabiduría sobre la fuerza y de la calma sobre el arrebato. Mira allá abajo el morro de Brabante, colosal centinela, colocado en el extremo septentrional de la isla para defenderla contra las sorpresas del enemigo y quebrantar los furores del Océano; mira también la cumbre de la montaña de las Tres Tetas, por cuya base se deslizan el río del Tamarindo y el de la Muralla, cual si la Isis índica hubiese querido justificar en todo su nombre; y por último contempla al Pulgar que, después del Pieterboot, donde estamos, es el picacho más majestuoso de la isla, y como si señalase al cielo para mostrar al señor y a sus esclavos que hay un juez superior a los hombres que juzgará a uno y a otros. A nuestro frente está Puerto Luis, llamado antiguamente Puerto Napoleón, capital de la isla, con sus numerosas casas de madera, sus dos arroyos, que las tempestades convierten en

torrente, su isla de los Tonderos que les sirve de defensa, y su abigarrada población, viviente muertrario de todos los pueblos de la tierra, desde el indolente criollo que para atravesar la calle se hace llevar en palanquín, y para quien hablar es una fatiga tan grande que ha acostumbrado a sus esclavos a obedecerle por señas, hasta el negro a quien por la mañana y por la tarde, al ir y volver del trabajo, acompaña el látigo. Entre estas dos extremidades de la escala social, mira a los lascaros verdes y rojos, a quienes distingue por sus turbantes, siempre de los mismos colores, y en sus bronceadas facciones, compuesto del tipo malayo y del tipo malabar. Mira al negro yolof, de la corpulenta y hermosa raza de la Senegambia, de cutis de azabache, ojos ardientes como carbúnculos y dientes blancos como perlas; al chino de baja estatura, pecho aplanado, anchos hombros, cráneo afeitado y bigotes lacios, que habla un patuá ininteligible y con el cual, sin embargo, todos tratan: porque el chino vende toda clase de mercancías, desempeña todos los oficios, y ejerce todas las profesiones, y es el judío de la colonia; los malayos, cobreños, de baja estatura, vengativos y astutos, que olvidan siempre los favores, pero nunca las injurias, y que, como los buhoneros, venden ciertos objetos que se piden en voz queda; los mozambiques, mansos, buenos y estúpidos, y estimados únicamente por su fuerza; los malgachos, ladinos y astutos, de color de aceituna, nariz remachada y abultados labios, y a los cuales se les distingue de los negros del Senegal por el rojizo vislumbre de su piel; los namaqueses, esbeltos, hábiles y altivos, adiestrados desde su infancia en la caza del tigre y del elefante, y que no vuelven de su sorpresa al verse transportados a una tierra donde

no hay monstruos que combatir; y en medio de tan abigarrada muchedumbre, el oficial inglés de guarnición en la isla o de estación en el puerto, con su roja chaquetilla redonda, su casquete y sus blancos pantalones, y que desde lo alto de su grandeza mira a los criollos y a los mulatos, a los señores y a los esclavos, a los colonos y a los indígenas, y sólo habla de Londres, y no ensalza más que a Inglaterra, y únicamente se estima a sí. A nuestras espaldas está Puerto Grande, en otro tiempo Puerto Imperial, primera factoría de los holandeses, abandonada luego por ellos mismos, por estar a barlovento de la isla e impedir la brisa la salida de los buques que a su impulso entran. Puerto Grande está hoy tan arruinado, que no es más que un burgo cuyas casas apenas se alzan del suelo, una ensenada en la cual los buques de pequeño porte se refugian huyendo del cople de los piratas. Las montañas que a Puerto Grande rodean, están pobladas de selvas donde se retraen los esclavos que huyen de la tiranía de sus señores. Volvamos ahora el rostro, y casi a nuestros pies y en las vertientes de las montañas del puerto divisaremos a Moka, envuelto en la fragancia de los áloes, los granados y los groselleros; a Moka, perdurablemente tan fresca, que parece recoger por la noche los tesoros de sus galas para volver a desplegarlos por la mañana; a Moka que se hermosea todos los días, así como las demás regiones lo hacen solamente en los de fiesta; a Moka, jardín de esta isla, a la vez jardín del mundo.

Recobremos nuestra primera posición; volvámonos de cara a Madagascar, y miremos hacia la izquierda: a nuestros pies y más allá del Reducto, se extienden las llanuras de Williams, des-

pués de Moka la más deliciosa región de la isla, limitadas, hacia las planicies de San Pedro, por la montaña del Cuerpo de Guardia, parecida, por su forma, a la grupa del caballo; luego, allende las Tres Tetas y las grandes selvas, descúbrese la región de la Savana, con sus ríos de agradable nombre, como por ejemplo el de los Limoneros, el del Baño de las Negras y de la Arcadia, con su puerto tan bien defendido por la escarpa de sus costas, que sólo es posible abordar a ellas como amigo; con sus pastos compitientes con los de los llanos de San Pedro, con su tierra todavía virgen como un desierto americano, y por último, en el corazón de las selvas, el gran estanque donde se hacen unas murenas por lo colosales, más parecidas a serpientes que a anguilas, y a algunas de las cuales se las ha visto arrastrar y devorar vivos ciervos perseguidos de cazadores, y negros cimarrones que habían cometido la imprudencia de bañarse en él. Miremos ahora hacia la derecha: ahí el arrabal de la Muralla, dominado por el morro de la Descubierta, en cuya cúspide se alzan palos de buque, los cuales, vistos desde aquí, parecen delgados y sutiles como ramas de sauce; ahí el cabo Desgraciado, ahí la bahía del Sepulcro, ahí la iglesia de las Pamplemusas. Esta es la parte donde estuvieron las dos vecinas chozas de la señora de La Tour y de Margarita; el cabo Desgraciado es donde se estrelló el *San Gerando*; la bahía del Sepulcro aquella en que encontraron el cuerpo de una doncella que con su crispada mano oprimía un retrato; la iglesia de las Pamplemusas aquella en que, dos meses después, enteraron junto a la doncella a un mancebo poco más o menos de la misma edad que la desventurada. Ya has adivinado los nombres de los dos

amantes que yacen en la misma tumba: son Pablo y Virginia, los dos alciones de los trópicos, de los cuales el mar, al gemir en los arrecifes que ciñen la costa, parece llorar perdurablemente la muerte, como una tigre llora incesantemente sus pequeños devorados por ella misma en un arrebato de rabia o en un momento de celos.

Y ahora, sea que recorras la isla desde el paso de Descorne, al sudoeste, o desde Maheburgo al pequeño Malabar, ya sigas las costas, o te internes, ya descieras los ríos o te subas a las montañas, ya abraza el sol con sus rayos la llanura, o argente la luna con su melancólica luz los picachos, puedes, si se te cansan los pies, se te entorpece la cabeza o se te cierran los ojos; si, embriagado por las embalsamadas emanaciones del rosal de la China, del jazmín o del frangipano, se te adormecen blandamente los sentidos como si te hubieses embriagado con opio, puedes, oh compañero mío, ceder sin temor y sin resistencia a la íntima y profunda voluptuosidad del sueño índico. Acuéstate, pues, en la tupida hierba, duerme tranquilo y despiértate sin temor, pues el ligero ruido que, al acercarse, hace temblar las hojas, los dos negros y relucientes ojos que en los tuyos se fijan, no son ni el ludir del ponzoñoso boqueira de la Jamaica, ni los ojos del tigre de Bengala. Duerme tranquilo y despiértate sin temor; nunca los ecos de la isla han repetido el agudo silbo de un reptil, ni el nocturno aullido de una bestia carnícera. No, es una joven negra que aparta dos ramas de bambú para asomar por ellas su linda cabeza y mirar con curiosidad al europeo recién llegado. Haz una seña, sin moverte siquiera de tu sitio, y aquella cogerá para ti la sabrosa ba-

nana, el aromoso mango o la baya del tamarindo; di una palabra, y la negrita te responderá con su voz gutural y melancólica: «Yo esclava hacer esto que usted ve». Si con una mirada de benevolencia ó una frase de satisfacción le pagas sus servicios, se dará por muy dichosa, y te ofrecerá servirte de guía para conducirte a la vivienda de su señor. Síguela, no importa adónde, y cuando veas una alegre casa con una calle de árboles y ceñida de flores, habrás llegado; aquella es la morada del colono, tirano o patriarca, según sea malo o bueno; pero sea bueno o malo, esto no te importa ni te atañe. Entra resueltamente, siéntate a la mesa de la familia, y di: «Caballero, soy su huésped»; y colocarán ante ti el más rico plato de China cargado de hermosas bananas, y el argentado cubilete de fondo de cristal en el que espumará la mejor cerveza de la isla; y, mientras quieras, cazarás con la escopeta del colono en sus savanas, pescarás en su río con sus redes, y cuantas veces a su casa vuelvas o envíes a ella a uno de tus amigos, matarán una ternera cebada; porque aquí la llegada de un huésped es una fiesta, como era una dicha la vuelta del hijo pródigo.

Así es que los ingleses, eternos envidiosos de Francia, hacía largo tiempo que tenían puestos los ojos en nuestra hija querida, dando incesantemente vueltas en torno de ella, ya intentando seducirla a fuerza de oro, ya intimidarla con amenazas; pero a todas las proposiciones la hermosa criolla respondió con el más soberano desdén. Pronto, sin embargo, vióse que sus amadores estaban resueltos a hacerse dueños de ella por la violencia, ya que no podían por la seducción, y fué menester guardarla de vista como a una monja española. Durante algún tiempo, no pasaron

las cosas de algunas tentativas sin importancia, y por consiguiente, sin resultado; pero no pudiendo por fin Inglaterra irse a la mano, se lanzó sobre ella desembozadamente, y como la isla de Francia supo un día que su hermana la isla de Borbon acababa de ser arrebatada, incitó a sus defensores a redoblar su vigilancia, y todos éstos empezaron a aguzar los cuchillos y a enrojecer las balas, pues esperaban por momentos la presencia del enemigo, cuya llegada la anunció un espantoso cañoneo que retumbó por toda la isla el 23 de Agosto de 1810.

## II

## LEONES Y LEOPARDOS

Eran las cinco de la tarde, y tocaba a su fin uno de esos esplendorosos días de verano desconocidos en Europa. La mitad de los habitantes de la isla de Francia, colocados en forma de anfiteatro en las montañas que dominan a Puerto Grande, miraban jadeantes la batalla que se libraba a sus pies, como antiguamente los romanos, desde lo alto del circo, se inclinaban para contemplar una lucha de gladiadores o un combate de mártires. Sin embargo, ahora la arena era un espacioso puerto rodeado de escollos, donde los combatientes habían hecho encallar adrede sus naves para no retroceder, y, libres del embarazoso cuidado de la maniobra, poder destrozarse con entera libertad; para completar aquella naumaquia terrible, sólo faltaban vestales que levantasen el pulgar; era aquella una lucha de

exterminio, un combate mortal; así es que los diez mil espectadores a él asistentes guardaban ansioso silencio; así el mar, con tanta frecuencia mugidor en tales parajes, estaba callado, para que no se perdiese un ronquido de aquellos trescientos cañones.

Ahí lo sucedido: el 20 por la mañana, el capitán de fragata Duperré, procedente de Madagascar en la *Belona* y seguido de la *Minerva*, el *Victor*, el *Ceilán* y el *Windham*, divisó las montañas de barlovento de la isla de Francia. Ahora bien, a causa de las averías sufridas por su escuadra en tres victoriosos combates, Duperré determinó entrar a Puerto Grande para reparar sus buques, lo cual era tanto más fácil cuanto la isla era a la sazón toda nuestra, y el pabellón tricolor, al flamear en el fuerte de la isla del Paso y en el tope de una fragata anclada a sus pies, infundieron al bravo marino la seguridad de ser recibido por amigos. En consecuencia, el capitán Duperré dió orden de doblar la isla del Paso, situada no dos leguas de Maheburgo, y para ejecutar esta maniobra, dispuso que primeramente pasase la corbeta *Victor*, y luego la *Minerva*, el *Ceilán* y la *Belona*, cerrando la marcha el *Windham*. Avanzó pues, lo flotilla a la deshilada por no permitir la angostura del canal otra cosa. Al hallarse el *Victor* a tiro de cañón de la fragata acoderada al pie del fuerte, esta última hizo señal de buques ingleses a la vista. Duperré contestó ya saberlo, y que la escuadra por él descubierta se componía de la *Maga*, la *Nereida*, el *Sirio* y la *Ifigenia*, al mando del comodoro Lambert; pero que encontrándose el capitán Hamelin a sotavento de la isla con el *Emprendedor*, la *Mancha*, y la *Astrea*, disponía de fuerzas bastantes para aceptar el combate si el enemigo lo

presentaba. Pocos segundos después, el capitán Bouvet, comandante de la *Minerva*, notó disposiciones hostiles en la nave que acababa de hacer las señales, y como por otra parte y por más que la estudiase por menudo y con la perspicaz mirada del marino no reconociese como de la marina francesa a la fragata, transmitió sus observaciones a Duperré, el cual le respondió tomase toda clase de precauciones, como él a la vez iba a tomarlas. En cuanto al *Victor*, fué imposible advertirlo, pues estaba demasiado avante para poder hacerle señales a hurto del fuerte y el buque sospechoso. El *Victor* continuó pues, avanzando sin recelo, impelido por fresca brisa del sudeste y con toda su tripulación en cubierta, mientras los dos buques que lo seguían miraban con ansiedad cuanto pasaba en la fragata y en el fuerte, los cuales, sin embargo, conservaban aún apariencias de amistad; mas, los dos buques cruzaron algunas palabras. Continuó el *Victor* su camino, pero apenas hubo rebasado el fuerte, de improviso apareció una faja de humo en el costado de la fragata acoderada y otra en el coronamiento de la fortaleza. A un tiempo retumbaron cuarenta y cuatro cañones que enfilaron oblicuamente a la corbeta francesa, agujerearon su velamen, tumbaron algunos marineros y derribaron su vela de mesana, mientras del fuerte y de la nave acoderada desaparecían los colores franceses y eran substituidos por la bandera inglesa. Víctimas de una superchería, acabábamos de caer en una emboscada. Con todo eso, Duperré, en vez de virar, lo cual le habría sido imposible aun abandonando a la corbeta escampavía, que, repuesta de la sorpresa, respondió al buque inglés con sus dos piezas de caza; Duperré, decimos, hizo una señal al *Windham*, que volvió la proa hacia

alta mar, y ordenó á la *Minerva* y al *Ceulán* que forzasen el paso, mientras él los sostenía y el *Windham* iba a prevenir al resto de la escuadra francesa.

Los buques siguieron adelante, no ya confiados como el *Victor*, sino con las mechas encendidas, cada cual en su sitio, y en el profundo silencio precursor de las grandes perturbaciones. Pronto se halló la *Minerva* a tiro de la fragata enemiga; pero ahora fué ella la primera en hacer fuego, disparando a una veinte cañonazos, que hicieron volar hecho trizas parte del empalmetado de aquella y fueron seguidos de algunos gritos ahogados. La fragata, a la vez, descargó una andanada y envió sus mensajeros de muerte a la *Minerva*, mientras la artillería del fuerte la hacía también blanco de sus tiros, pero sin causarle más daño que matarle algunos hombres y cortarle algunas cuerdas. En esto la *Ceulán*, que, como el *Victor*, la *Minerva* y el *Windham*, había sido cogida a los ingleses algunos días antes, avanzó ligera y graciosa, cual ave marina que roza las olas, para combatir por Francia, su nueva señora, y, al llegar ante el fuerte y el buque inglés, éste, aquél y ella se inflamaron a un tiempo, confundiendo el ruido y el humo de sus descargas, tan de cerca y simultáneamente hicieron fuego los tres. Faltaba entrar en línea al capitán Duperré, en aquel tiempo ya uno de los más hábiles y valerosos oficiales de nuestra armada, y a la sazón comandante de la *Belona*. Duperré avanzó a la vez, ciñendo la isla del Paso más de cerca que los otros buques, y al hallarse a tiro de pistola descargó sus dos andanadas. El bravo marino acababa de forzar el paso; los cuatro buques estaban en el puerto, y, reunidos en los Penachos, fueron a echar anclas entre la isla de los Monos y la punta de la Colonia.

Duperré se pone inmediatamente en comunicación con la ciudad, y sabe que la isla de Borbón ha caído en manos de los ingleses, pero que éstos, a pesar de su tentativa contra la isla de Francia, únicamente han logrado señorearse de la isla del Paso. Sin perder momento, Duperré envía un correo al intrépido general Decaén, gobernador de la isla, avisándole la presencia en Puerto Grande de los cuatro buques franceses, el *Victor*, la *Minerva*, el *Ceulán* y la *Belona*. El 21, a mediodía, Decaén recibe el aviso, lo transmite al capitán Hamelín, que manda aparejar los buques de su mando, envía por el atajo refuerzo de hombres a Duperré, y le previene que va a hacer cuanto esté en su mano para socorrerlo, pues todo le da a entender que lo amenazan fuerzas superiores.

Con efecto, a las cuatro de la madrugada del 21 y mientras buscaba un fondeadero en el río Negro, el *Windham*, cayó en poder de la fragata inglesa *Sirio*, cuyo capitán, Pym, supo entonces que habían entrado en Puerto Grande, donde el viento los retenía, cuatro buques franceses al mando de Duperré. Pym avisó inmediatamente a los capitanes de la *Maga* y de la *Ifigenia*, y las tres fragatas partieron sin demora: la *Sirio* hizo rumbo a Puerto Grande por sotavento, y las otras dos fragatas por barlovento.

Hamelín ha observado los movimientos de los buques ingleses, y relacionándolos con las noticias que acaba de recibir, deduce que Duperré va a ser atacado; apresura pues, su aparejamiento, mas con desplegar una actividad asombrosa, hasta la madrugada del 22 no está pronto a darse a la vela. Las tres fragatas inglesas tienen sobre él una ventaja de tres horas, y el viento, que se fija en el sudeste y refresca por momentos, con-

tribuye a aumentar las dificultades que habrá de vencer para llegar a Puerto Grande.

El 21, por la noche, el general Decaén monta a caballo, y a las cinco de la mañana llega a Maheburgo seguido de los principales colonos y de los negros con quienes creen aquéllos poder contar. Decaén arma a señores y a esclavos con sendos fusiles y manda les distribuyan a cada uno cincuenta cartuchos por si los ingleses intentan un desembarco; luego confiere con el capitán Duperré.

A mediodía, la fragata inglesa *Sirio*, pasada a sotavento de la isla, y que por tanto, ha encontrado menos dificultades en su ruta que las otras dos fragatas, se presenta en la entrada del paso, se reúne a la fragata *Nereida*, o sea la nave acoderada junto al fuerte, y ambas, cual si contasen atacar ellas solas a la división francesa, avanzan a nuestro encuentro, por las mismas aguas que nosotros habíamos surcado; pero como la *Sirio* cifie demasíadamente, encalla, y su tripulación pasa el día en ponerla a flote.

Durante la noche llegan los marineros enviados por el capitán Hamelín, y Duperré los distribuye entre los cuatro buques franceses, que de esta suerte cuentan con unos mil cuatrocientos hombres y ciento cuarenta cañones; pero como en el momento de la distribución Duperré ha hecho encallar la división, y los buques sólo presentan un costado, únicamente podrá tomar parte la mitad de la artillería en la sangrienta función que se prepara.

A las dos de la tarde, aparecen a la vez en la boca del paso las fragatas *Maga* e *Ifigenia*, y, reunidas a la *Sirio* y a la *Nereida*, avanzan las cuatro contra nosotros. Dos de ellas se hacen encallar, y las otras dos se amarran en sus anclas,

presentando un total de mil setecientos hombres y doscientos cañones.

Terrible y solemne fué el momento durante el cual los diez mil espectadores que poblaban las circunvecinas montañas vieron avanzar las cuatro fragatas enemigas sin velas y por el solo y lento impulso del viento en sus jarcias, y venir, con la confianza que les daba la superioridad numérica, a alinearse a medio tiro de cañón de la división francesa, presentando a la vez sus costados, encallando como nosotros lo habíamos hecho, y renunciando de antemano y a imitación nuestra a la huida.

Así pues, se preparaba un combate de exterminio; leones y leopardos estaban en presencia unos de otros, e iban a desgarrarse con dientes de bronce y rugidos de fuego.

Nuestros marinos, menos pacientes que los guardias franceses en Fontenoy, dieron la señal de la carnicería. Un largo reguero de humo corrió por los costados de los cuatro buques en cuyos topes ondulaba el pabellón tricolor, y simultáneamente retumbó el rugido de sesenta y dos bocas de fuego que enviaron un alud de hierro a la flota inglesa, la cual respondió casi al punto. Entonces y sin más maniobras que la de quitar de las cubiertas las astillas y los cuerpos de los moribundos, ni otro intervalo que el de cargar los cañones, empezó una lucha de exterminio como no la habían presenciado aún los fastos de la marina desde Abukir y Trafalgar. Al principio pareció que el enemigo nos llevaba ventaja, pues las primeras andanadas inglesas cortaron los cables de la *Minerva* y del *Ceilán*; por manera que, a causa de este accidente, el fuego de estos dos buques se encontró cubierto en gran parte. Sin embargo, la *Belona*, a las órdenes de

su capitán, hizo frente al peligro: con brazos, pólvora y balas para todos, respondió a la vez a los cuatro buques, vomitando incesantemente fuego, cual volcán en erupción, y esto por espacio de dos horas, o si decimos durante el tiempo que emplearon en reparar sus averías la *Minerva* y el *Ceilán*, los cuales, impacientes de su inacción, anudaron sus fuegos, obligando al enemigo, que momentáneamente apartara de ellos la atención para acabar con la *Belona*, a restablecer la unidad del combate en toda la línea.

En esto, Duperré al ver que la *Nereida*, ya en mal estado a causa de las tres andanadas que le enviara la división al pasar el paso, amortiguaba sus fuegos, ordenó a los suyos que sin descanso descargasen contra ella la artillería. Durante una hora los nuestros la acribillaron a balazos y a metrallazos, esperando por momentos que arriase su pabellón; pero al ver que éste seguía flameando, continuó la granizada de bronce, segando sus palos, barriendo su cubierta y agujereando su casco, hasta que, cual postrer suspiro, enmudeció su última pieza, y quedó arrasada como un pontón, inmóvil y silenciosa como la muerte.

Al llegar aquí del combate, y mientras daba una orden a su teniente Roussín, un casco de metralla dió en la cabeza a Duperré y lo derribó en la batería. El bravo marino, comprendiendo que estaba grave y quizá mortalmente herido, mandó llamar al capitán Bouvet, le entregó el mando de la *Belona*, le ordenó que volase los cuatro buques antes que rendirlos, y hecha esta postrera recomendación, le tendió la mano y se desmayó, sin haber la tripulación advertido lo que acababa de pasar.

A las diez era tan densa la obscuridad, que no

hubo sino disparar sin puntería, hasta que, a las once, cesó el fuego.

Sin embargo, los espectadores, comprendiendo que aquella suspensión de hostilidades sólo era una tregua, permanecieron en su sitio. En efecto, a la una de la madrugada salió la luna, y a su mortecina luz se anudó el combate.

Durante aquel breve descanso, la *Nereida* recibió algunos refuerzos y volvieron a ser colocados en batería cinco o seis cañones; la fragata tenida por muerta sólo estaba agónica, y, recobrados sus sentidos, dió señales de vida atacándonos nuevamente.

Entonces Bouvet envió al teniente Roussín a bordo del *Victor*, cuyo capitán estaba herido, con orden de poner el buque a flote, lanzarlo contra la *Nereida* para acribillarla con toda su artillería, y no cesar el fuego hasta dejar realmente muerta a la fragata.

Roussín cumplió rigurosamente la orden: el *Victor* desplegó su foque y sus mayores, y, sin disparar un cañonazo, fué a fondear a veinte pasos a popa de la *Nereida*; luego abrió el fuego, al cual el buque inglés sólo podía contestar con sus piezas de caza, enfilándola de uno a otro cabo a cada andanada. Al amanecer, la fragata enmudeció de nuevo, y sin embargo el pabellón inglés continuaba flameando en el pico cangrejo. La *Nereida* estaba muerta, pero no había arriado.

En esto, resonaron a bordo de la destrozada fragata gritos de «¡Viva el emperador!» Los diez y siete prisioneros franceses que aquella hiciera en la isla del Paso, y a los cuales encerrara en su sentina, rompieron la puerta de su prisión y se lanzaron por las escotillas agitando una bandera tricolor, que substituyó al pabellón de la Gran Bretaña. Roussín, al ver lo que pasaba, ordenó

el abordaje, pero en el instante en que iban a lanzar los garfios, el enemigo dirigió sus fuegos contra la *Nereida*, que se le escapaba de entre las manos. ¿Para qué luchar? La *Nereida* estaba convertida en pontón, y de ella se apoderarían los franceses tan pronto hubiesen reducido a los otros buques. El *Victor* dejó pues, flotar la fragata como el cadáver de una ballena; embarcó los diez y siete prisioneros, tomó otra vez sitio en la batalla, y, descargando todos sus cañones, anunció a los ingleses que volvía a estar en su puesto.

Los buques franceses recibieron de Bouvet, que se propusiera acabar una tras otra con las naves enemigas, la orden de dirigir sus fuegos contra la *Maga*; a las tres de la tarde, pues, la *Maga* se había convertido en blanco de todos los cañones; a las cinco ya sólo respondía a intervalos y sólo respiraba como respira un enemigo mortalmente herido, y a las seis vióse desde tierra como su tripulación hacía sus preparativos para evacuarla. Primeramente una gran vocería y luego repetidas señales, advirtieron a la división francesa, que redobló el fuego; las otras dos fragatas enemigas enviaron sus chalupas a la *Maga*, que a la vez arrió al agua sus botes, en los cuales se embarcaron cuantos hombres sanos o levemente heridos quedaban a bordo; pero mientras salvaban el intervalo que los separaba de la *Sirio*, las balas echaron a pique a dos chalupas, y el mar se cubrió de hombres que a nado llegaron a las dos fragatas vecinas.

Poco después, de las portas de la *Maga* parte una ligera nube de humo, que por momentos se hace más densa, y por las escotillas salen hombres heridos que se arrastran, levantan sus mutilados brazos y claman socorro, pues la llama sucede ya al humo, y saca por todas las aber-

turas sus lenguas de fuego, y se lanza fuera, y corre a lo largo de los empalletados, y sube a la arboladura, y envuelve las vergas, confundiendo su metálico són con los gritos de rabia y de agonía de los que aún respiran a bordo; luego, la fragata se abre improvisamente como el cráter de un volcán que revienta, se oye una explosión espantosa, y la *Maga* vuela en pedazos. Los espectadores siguen con la mirada los inflamados despojos de la nave, que suben por los aires, bajan y se apagan en las olas. De aquella hermosa fragata que veinticuatro horas antes se tenía por la reina del Océano, nada queda, ni siquiera reliquias, ni heridos, ni muertos, sólo un grande espacio desocupado entre la *Nereida* y la *Ifigenia*, indica el sitio donde estuvo.

Como fatigados de la lucha, o espantados del espectáculo, ingleses y franceses suspenden el fuego, y consagran al descanso el resto de la noche; pero no bien amanece, anudan el combate. Ahora es la *Sirio* la fragata que la división francesa escoge para víctima; la *Sirio* la que recibe el fuego del *Victor*, la *Minerva*, la *Belona* y la *Ceilan*. Dos horas después, la nave inglesa ha perdido sus árboles y sus bordas, y por infinidad de balazos penetra el agua en sus bodegas. De no estar encallada, la *Sirio* se iría a pique. En este estado, la tripulación abandona al maltrecho buque, donde hasta lo último permanece su capitán; pero, como a bordo de la *Maga*, una mecha conduce el fuego a la santabárbara, y a las once de la mañana, se oye un espantoso estruendo, y la *Sirio* desaparece en menudos pedazos.

La *Ifigenia*, que ha combatido anclada, comprende entonces la imposibilidad de proseguir la lucha, pues ha quedado sola contra cuatro bu-

ques, ya que, como va dicho, la *Nereida*, sólo es una mole inanimada; así pues despliega sus velas, y aprovechando la circunstancia de haber escapado casi sana y salva de la destrucción que en ella se detiene, intenta huir para ponerse al abrigo del fuerte. Sin perder momento, el capitán Bouvet ordena a la *Minerva* y a la *Belona* que se reparen y se pongan a flote. Duperré, tendido en ensangrentado lecho, sabedor de cuanto ha pasado no quiere que ni una sola fragata escape de la carnicería, que un solo inglés vaya a notificar a Inglaterra su derrota. Tenemos que vengar Trafalgar y Abukir, y por tanto urge dar caza a la *Ifigenia*.

Las dos nobles fragatas, acribilladas a balazos, se yerguen, se cubren de velas y se mueven, dando orden al *Victor* de marinar a la *Nereida*. En cuanto a la *Ceilán*, está de tal suerte mutilada, que no puede abandonar su sitio antes de haber el calafate curado sus innumerables heridas.

En esto, parten de la tierra grandes voces de triunfo: los espectadores, hasta ahora silenciosos, recobran la respiración y la voz para alentar a la *Minerva* y a la *Belona* en su persecución; pero la *Ifigenia*, menos avenada que sus dos enemigas, visiblemente gana aguas sobre aquéllas, y ya ha dejado a sus espaldas la isla de los Penachos, está para llegar al fuerte del Paso, y pronto habrá hallado su salvación en alta mar. Ya las balas con que la persiguen la *Belona* y la *Minerva* mueren en la estela de la fugitiva, cuando improvisamente se presentan en la entrada del Paso tres naves en cuyo pico cangrejo flamea el pabellón tricolor; es el capitán Hamelín, que viene de Puerto Luis con el *Intrépido*, la *Mancha* y la *Astrea*. La *Ifigenia* y el fuerte del Paso están cogidos entre dos fuegos, y no les cabe

sino rendirse a discreción. Ni un inglés va a escaparse.

Entretanto el *Victor* se ha acercado por segunda vez a la *Nereida*; pero temeroso de una sorpresa, la aborda con precaución. Mas no, el silencio que reina a bordo de la inglesa nave es realmente el silencio de la muerte. La cubierta de la *Nereida* está sembrada de cadáveres, y el teniente, el primero en poner los pies en ella, se hunde en la sangre hasta el tobillo. Un herido se solivia y cuenta que por seis veces se ha dado orden de arriar el pabellón, pero que otras tantas las descargas francesas han quitado la vida a los hombres encargados de cumplir la orden. Entonces el capitán se ha retirado a su camarote, y no han vuelto a verlo.

El teniente Roussín se encamina a la cámara y halla al capitán Villougby sentado a una mesa en la que hay todavía una vasija de ponche y tres vasos. Villougby ha perdido un brazo y un muslo, y ante él está su primer teniente Thomson, con el pecho atravesado por una bala de cañón; su sobrino Guillermo Murrey yace a sus pies herido en un costado por un casco de metralla.

Villougby, al ver al teniente Roussín, con la mano que le queda hace un movimiento para rendir su espada; pero el oficial francés tiende a la vez la mano, saluda al inglés moribundo, y le dice:

—Capitán, quien se sirve de una espada como usted lo ha hecho, no la rinde sino a Dios.

Tras esas palabras, Roussín hace que prodiguen a Villougby los auxilios del caso; pero todo es inútil: el noble defensor de la *Nereida* muere a la mañana siguiente.

Roussín fué más afortunado respecto del so-

brino. Sir Guillermo Murrey, aunque herido de mucha gravedad, no lo estaba mortalmente. Así es que lo veremos reaparecer más adelante.

### III

#### TRES NIÑOS

Como es de suponer, los ingleses, no por haber perdido cuatro buques renunciaron a sus proyectos sobre la isla de Francia; al contrario, ahora tenían que hacer una nueva conquista y vengar una derrota. Así, no tres meses después de los acontecimientos que acabamos de referir, se trabó en Puerto Luis, esto es, en un punto diametralmente opuesto al en que se librara el primer combate, otro no menos encarnizado, pero de consecuencias muy distintas. Ahora las fuerzas enemigas no se componían de cuatro buques y 1,800 hombres, sino de doce fragatas, ocho corbetas y cincuenta transportes que desembarcaron en la costa 25,000 hombres que avanzaron hacia Puerto Luis, apellidado entonces Puerto Napoleón. No es de admirar, pues, que la capital de la isla, en el momento de ser atacada por tales fuerzas, presentase un espectáculo indescriptible. En todas partes la muchedumbre, procedente de los diferentes pueblos de la isla y apiñada en las calles, manifestaba la más honda agitación, y como ninguno conocía el peligro real, cada cual creaba uno imaginario, siendo los más exagerados y los más inauditos los que el pueblo acogía como los más verdaderos. De vez en cuando apa-

recía improvisamente algún edecán del general gobernador, y lanzaba a la muchedumbre una proclama destinada a despertar el odio que los nacionales profesaban a los ingleses, y a exaltar su patriotismo. A su lectura, los milicianos levantaban sus sombreros al extremo de sus bayonetas, y de todas las bocas partían vivas al emperador y protestas de vencer o morir; el entusiasmo cundía entre la muchedumbre, que pasaba de una inmovilidad ruidosa a un movimiento frenético, y se desparramaba en todas direcciones pidiendo marchar contra el enemigo. Con todo eso el verdadero punto de cita era la plaza de Armas, esto es, el centro de la ciudad, adonde afluan ora un arcón llevado al galope por dos pequeños caballos de Timor o de Pegú, ya un cañón arrastrado a paso de carga por algunos artilleros de la milicia, jóvenes de quince a diez y ocho años, a quienes la pólvora que les ennegrecía el rostro hacia las veces de barba. Allí era adonde se encaminaban los guardias cívicos en traje de campaña, los voluntarios vestidos cada cual a su capricho y con sendas bayonetas añadidas a sus escopetas, un tropel de negros ataviados con trozos de uniforme y armados de carabinas, sables y lanzas, entretejiéndose unos entre otros, chocando, cruzándose, derribándose y contribuyendo cada uno por su parte al zumbido, al espantable runrún que partía de la ciudad como el ruido de innumerable enjambre de abejas parte de inconmensurable colmena. Con todo eso, una vez en la plaza de Armas, aquellos hombres, que corrían aislados o por grupos, tomaban un aspecto más regular y un paso más sosegado. Es que en la plaza de Armas y aguardando la orden de marchar contra el enemigo, estaba la mitad de la guarnición de la isla, compuesta de tropas